

Jorge Riechmann, poeta, es licenciado en Matemáticas, doctor en Ciencias Políticas y Profesor Titular de Filosofía Moral en la Universidad Autónoma de Madrid; traductor, ensayista en materia poética y política, comprometido con la ecología... Dotado de una desbordante capacidad de trabajo y de una lucidez deslumbrante, mantiene un blog muy activo, **tratar de comprender, tratar de ayudar** (<http://tratarde.org/>).

El título de su intervención, ***Fracasar mejor en el siglo de la gran prueba***, combina el de dos de sus obras más recientes, ***Fracasar mejor*** (Tarazona: Olifante ediciones de poesía, 2013) y ***El siglo de la gran prueba*** (Tenerife: Baile del Sol, 2013).

En la sesión leyó algunos textos, en su mayor parte inéditos, y luego se prestó a un interesante debate en torno al reto ecológico. Aquí nos limitaremos a recoger una selección de fragmentos de uno de los libros citados, que nos ha cedido para su inclusión en esta web.

Jorge Riechmann:
algunos fragmentos del libro *Fracasar mejor*

caer de pie

Uno de los debates más fundamentales de nuestra época se articula en torno a los conceptos de límites del crecimiento, sustentabilidad y decrecimiento. En realidad, lo que está ahí en juego podría sintetizarse de la siguiente manera: hay alguien que está en alto, muy desequilibrado, y va a caer. Le decimos: “Usted va a caer, está casi cayendo ya. Su verdadera opción está entre caer mal y hacerse mucho daño, o aprovechar el escaso tiempo de que aún dispone para intentar algunas contorsiones con objeto de caer de pie, con menos riesgo de lastimarse.”

Sin embargo, los poderes dominantes y la mayoría social se obstinan en responder a nuestras razonables admoniciones diciendo: la ley de la gravedad no existe.

no hay afueras, pero como si las hubiera

En un curso universitario de verano, en Pamplona, Daniel Innerarity insiste en su idea de que ya no hay afueras: en el mundo actual “nos hemos quedado sin alrededores”. Por eso “toda la ética se resume en aquella vieja advertencia junto a las ventanas de los trenes: no tirar cosas por la ventanilla”, y “tenemos que desarrollar una nueva gramática de los bienes comunes, que se corresponda con una política de la humanidad”.

No hay afueras, tiene razón (hace tiempo que relaciono su formulación con la de Herman E. Daly: hemos llenado el mundo). Pero el capitalismo no puede funcionar sin afueras (ejércitos

industriales de reserva, nuevos mercados donde vender la sobreproducción, reservas ilimitadas de materias primas...), y la tecnociencia promete que volverá siempre a construir y reconstruir afueras, cada vez más lejanas. Estas dos dinámicas, asociadas, constituyen una verdadera revuelta contra el principio de realidad.

lo que nos dice este sistema

Si puedo hacer negocios, tendréis alimento.

Si puedo hacer negocios, tendréis vivienda.

Mientras pueda hacer negocios, tendréis educación.

Sólo si puedo hacer negocios, tendréis atención médica.

En la medida en que pueda seguir haciendo negocios, tendréis quizá pensiones, y si los beneficios son suficientes os concederé un clima compatible con la habitabilidad de la biosfera para vosotros.

Y hoy, igual que ayer y que mañana, prosigo mi ofensiva: esta guerra de clases donde yo –mi nombre es legión, pero pongamos que hablo en nombre de esa clase social de la que aquel poeta maricón llamado Pasolini dijo que, más que una clase social, era una enfermedad contagiosa– yo voy ganando.

cavamos en una oscura galería

Hemos de vivir, medita Christa Wolf, “conforme a una brújula interior insegura y sin moral adecuada, pero no debemos seguir

engañándonos por más tiempo. No veo cómo terminará esto; cavamos en una oscura galería, pero tenemos que cavar, eso sí.”

Cavamos en una oscura galería; braceamos para no ahogarnos en medio de la tormenta: empujamos monte arriba el peñasco de Sísifo. Y encima, según nos dicen, ¿deberíamos imaginar a Sísifo feliz? Quizá no, pero debemos ayudarle todo cuanto podamos a fortalecer su ya notable aguante, esa impresionante capacidad de resistencia; y debemos ser capaces de acompañarle en el minuto precioso en que se deleita con el rayo de sol que acaricia su lomo bañado en sudores.

Y, por supuesto, no deberíamos hablar de Sísifo en tercera persona. Sísifo eres tú, Sísifo somos nosotros, Sísifo soy yo.

cómo es posible

Un amigo me preguntaba cómo es posible que un sistema económico como el capitalismo, al que hay que atribuir un carácter distópico, tenga tantos partidarios en el mundo... Pero ésa es una pregunta que requiere un programa de investigación multi- e interdisciplinar, más que una respuesta breve en una conversación amical o una tertulia. Ese programa debería interrogarse sobre los numerosos obstáculos que traban el funcionamiento de la frágil racionalidad humana, comenzando por una revisión de las teorías clásicas de la ideología y llegando hasta los últimos hallazgos de los psicólogos cognitivos y los neurocientíficos... Tendría que adentrarse en cuestiones generales, como la sociología de las *public relations* en las sociedades capitalistas avanzadas, y también analizar con gran detalle asuntos concretas, como la psicología y la economía del negacionismo climático... Tendría que revisar indagaciones de psicología profunda para tratar de entender cómo engranan las seducciones del sistema de la mercancía con la fracturada libido

humana... Y no olvidar rasgos de la condición humana tan problemáticos como esa desdichada tendencia a gritar “viva quien vence” en demasiadas ocasiones.

Nos gustaría tanto tumbarnos a descansar... Pero no podemos ni debemos hacerlo. La pereza que nos hace seguir la corriente (descuidando así la tarea de autoconstruirnos, y construir una comunidad humana)¹; y la indiferencia que nos cierra al sufrimiento del otro. Ésas son las dos grandes faltas del *anthropos*, diría yo.

la fecundidad del vacío

Anna Caballé comenta un libro de conversaciones con Jean-Paul Sartre: “Cuánto ha cambiado nuestro mundo desde los años setenta: de la pasión por el Absoluto de Sartre o Beauvoir a nuestro relativismo desesperado que apenas tiene respuestas, más allá de las cuestiones capaces de generar beneficios”. Y es que, en efecto, un mundo que sólo parece capaz de preguntarse “dónde está mi 3%, dónde está mi 25%” no sólo es abismalmente nihilista: también es rápidamente autodestructivo. Su recorrido resultará muy corto en términos históricos, a partir de la aceleración hacia el abismo que prendió alrededor de 1980.

¹ Asunto delicado éste de la pereza... Para que no se me echen encima los apóstoles de Paul Lafargue, a quienes no les faltan razones ni razón, discriminaré ayudándome de los primeros versos de *La pereza* de Augusto Ferrán, en 1871 (año de la Comuna de París): “Hay una pereza activa/ que mientras descansa piensa,/ que calla porque se vence,/ que duerme pero que sueña...” (en *La soledad*, Signatura Eds., Sevilla 1998, p. 97). Es la pereza inactiva la que yo censuro, no la activa y laboriosa.

Luis Cernuda increpaba a los “vientres sentados” en un poema de 1934 que empieza: “Con satisfacción/ Como quienes saben/ Como quienes tienen en su puño la verdad/ Bien apresada para que no escape/ Y con orgullo/ Como vigilantes de vosotros mismos/ Domináis a lo largo a lo ancho de la tierra/ Vosotros vientres sentados...” Bueno, se trataría de reconocer que los “vientres sentados” no son sólo “ellos”, sino que en “nosotros” siempre está dispuesta una pendiente que nos lleva hacia esos “Vientres sentados/ Vientres tendidos/ Vientres muertos”.

Cuánto nos cuesta entender las dinámicas de crecimiento exponencial (con esos tiempos de duplicación que menguan prodigiosamente). Cómo ha cambiado el metabolismo sociedad-naturaleza en los últimos ochenta años aproximadamente, y sobre todo en los últimos treinta (los años alrededor de 1930 y 1980 como goznes del siglo XX) es algo que desafía la imaginación humana. ¿Desde qué fecha diría usted que los habitantes actuales de la Tierra hemos emitido la mitad de los gases de efecto invernadero, en tiempos históricos? La respuesta es estupefaciente: ¡desde 1980! Apenas en tres decenios, tanto como en muchísimos milenios antes: así se comportan los crecimientos exponenciales. Nos cuesta entender que el mundo actual, en lo que a impactos sobre la biosfera y los ecosistemas se refiere, no tiene nada que ver con aquel donde vivían nuestros abuelos.

Dicho todo lo cual, sin embargo, hay que insistir en que la “pasión por el Absoluto” que evocaba Anna Caballé es una pasión malsana. ¿Seremos de verdad capaces alguna vez de reconciliarnos con nuestra dependencia, nuestra finitud, nuestra contingencia –con la intensidad del *ahí* y la fecundidad del vacío?

qué desperdicio de casi todo

Japón desconectó hoy –el 5 de mayo de 2012-- el último de los 54 reactores atómicos que, antes de la catástrofe de Fukushima, producían casi la tercera parte de la electricidad del país. Qué masa enorme de inversiones fallidas, de recursos esenciales dilapidados, de oportunidades desperdiciadas –y eso sin entrar apenas en las cuestiones político-morales de fondo (los residuos nucleares generados seguirán amenazando a los seres vivos durante decenas de miles de años).

Todo eso hubiera podido evitarse con decisiones correctas que hubieran encaminado el país hacia un sistema energético

sostenible, hace cuatro decenios... Pero ¿cuántos vemos hoy –por ejemplo— que las decisiones actuales sobre AVEs, autopistas y aeropuertos representan un error de similar magnitud?

la miseria del mundo

Así se titulaba aquel libro coordinado por Pierre Bourdieu hace ya algunos años. Esa miseria del mundo es abrumadora: ¿qué ser humano –signado por la finitud, como lo estamos cada uno de nosotros y nosotras— podría hacerse cargo de tal cúmulo interminable de horrores, desposesiones, dolores, injusticias y masacres? Ya lo que sucede en nuestro presente debería anonadarnos, pero tendríamos además que asumir de alguna forma el pasado –esa “catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina”, como decía Walter Benjamin en la novena de sus “Tesis sobre filosofía de la historia”—, reparar en los indicios que hoy delatan cómo en los desarrollos del presente están gestándose los desastres del futuro, y no olvidar que no sólo cuenta el sufrimiento de los seres humanos: también el de los demás seres vivos... Abrumador, sin duda. No hay ser humano que pueda echarse sobre los hombros esa carga.

Pero no es semejante tarea sobrehumana lo que se nos exige. Aquí como en otros ámbitos importa advertir cómo el macrocosmos se refracta en el microcosmos. La incalculable e inasimilable acumulación de violencias se me da, en cada caso, como unas pocas violencias concretas que me tocan de cerca; la injusticia universal se particulariza en una injusticia próxima frente a la que sí puedo reaccionar; la “exigencia infinita” se resuelve en demandas singulares.

El anonimato de las montañas de cadáveres se transforma en unas pocas miradas interrogantes. Lo que se me exige es estar ahí.

seis hormigas aladas

Hoy estuve en la zona rural de Cuenca donde quieren instalar el ATC nuclear (Almacén Temporal Centralizado). Con vecinos de allá que se oponen, deseosos de seguir sembrando y cosechando como lo hicieron sus mayores. Con compañeros y compañeras de Ecologistas en Acción que pelean esa batalla y otras más cotidianas, no menos importantes: sacar adelante una explotación agropecuaria con ciento cincuenta cabras, algo de olivo y cereal de secano, un poquito de huerta (son neorrurales de los que vuelven al pueblo del abuelo, Villares de Saz en ese caso, tras haberse licenciado en CC. Biológicas en la gran ciudad).

A eso de las tres y media nos detuvimos en los campos de Villar de Cañas donde quieren construir esas naves que albergarían la basura radiactiva que seguirá siendo dañina durante más tiempo del que *Homo sapiens* lleva sobre la faz de la tierra. Un compañero de Ecologistas en Acción nos explicaba, sobre el terreno, algunos detalles. Había llovido copiosamente. Vi que en un charco de la pista de tierra sobre la que estábamos se habían ahogado, o estaban ahogándose aún, bastantes hormigas aladas.

Pude rescatar a seis.

No sé si conseguiremos evitar la construcción del ATC en Villar de Cañas y poner en marcha la transición hacia ese nuevo modelo energético --sin combustibles fósiles y sin centrales nucleares-- que necesitamos con tan grande urgencia. Ojalá que seamos capaces. Pero esta tarde, al menos, seis hormigas aladas tuvieron su segunda oportunidad. Doy gracias por haber estado ahí.